

tidos y percibía el más suave hálito, el más leve rumor. Y en mí se hacía un gran silencio atónito, tanto, que un vuelo cercano me sobresaltaba y un lejano gorjeo me arrancaba un sollozo de júbilo, porque me sentía feliz ante los pajarillos que en aquella época no padecían frío y hallaban en los campos abundante cebo; feliz como si mi aliento los calentase y mi pecho los nutriese. Y penetraba en la vida de las plantas; y, poco a poco, ascendía sobre todo lo pequeño recogiendo en mí la vida del universo hasta sentirme transfigurado en el mundo, como si los árboles fuesen mis miembros, la tierra mi cuerpo, los ríos mis venas y el aire mi alma; y avanzaba unos pasos, así, extático y penetrado de esta inmensa, sublime ilusión.

Desvanecida ésta, quedábame anhelante como si de veras, en mi débil pecho, hubiese recogido la vida del cosmos.

Sentábame al pié de un árbol, y entonces, el genio de mi locura comenzaba a sugerirme las más peregrinas ideas: que la humanidad necesitaba de mí, de mi palabra exhortadora: voz de ejemplo, palabra de hecho. De pronto, me daba cuenta de que deliraba: «¡Ea—decía entonces,—volvamos, volvamos a la realidad!»... Y volvía a ella; pero no para verme a mí sino para ver a los otros como ellos se veían, para sen-

tirlos y amarlos en mi conciencia, como ellos querían ser amados.

Pues bien: concibiendo y reflejando de este modo, en el espejo interior de la conciencia, a los demás seres con una realidad igual a la mía; llegando por este medio también a la concepción del Ser en su unidad, toda acción egoísta, es decir, toda acción en la cual la parte se erige en el lugar del todo y lo subordina, era natural que me pareciese no solo ilógica, sino fundamentalmente irracional. ¡Ay! Sí. Pero mientras yo caminaba por mis campos pisando levemente la tierra, cuidando de no hollar ni una florecilla, de no destruir ni un insecto, cuyas brevísimas vidas también vivían en mí, los demás me robaban mis tierras, mis casas; me despojaban sin escrúpulos.

Y ahora, heme aquí: *ecce homo*.

### III

#### MIRINA

El cirio bendito, cirio «de la buena muerte» que la santa mujer llevóse de la iglesia madre de la aldea natal, cumplía en aquel instante la voluntad de la difunta. Durante muchos años lo había guardado para sí en el fondo del armario, y ahora ardía sobre un alto candelabro de plomo y velaba con los recuerdos sencillos y amados de la

lejana infancia, derritiéndose en lágrimas en sí mismo, a la cabecera de la muerta, ya tendida en el ataúd sobre el suelo, en el lugar que antes ocupaba la cama.

Siempre que a mi mente acude el recuerdo de mi primera esposa, Mirina, se me representa esta fúnebre visión con lucidez intensísima. Se llamaba la santa mujer, tendida en el ataúd, Amalia Sanni, hermana mayor, y, hasta pudiera decir más exactamente, madre de Mirina. Y veo, en la modestísima habitación, además de aquel cirio bendito, otros dos más pequeños que se consumen rápidamente al pié de la cruz, chisporroteando de vez en cuando. Yo estoy sentado cerca de la ventana, y, como si la inesperada desventura me hubiese aturdido más que afligido, miro a los parientes y a los amigos que congregó su muerte; gente cuerda y de bien, me guardaré de negarlo... pero, me miraban demasiado; revelaban de modo excesivo la antipatía que sentían hacia mí. Seguramente, tenían razón; pero la razón de ellos no me ayudaba a sanar la mía, de tal modo, que hasta sus propias miradas suscitaban en mí una sincera compasión.

Yo amaba a Amalia Sanni más que a una hermana. Descubro ahora en ella un único error: que su alma se ajustaba en todo con la mía, en la concepción de la vida. No quiero decir, con esto, que estaba loca; diré, a lo sumo, que Amalia

Sanni no estaba cuerda, precisamente como San Francisco. Porque, no hay término medio: o se es santo o se es loco.

Los dos nos esforzábamos solícitamente en despertar el alma de mi esposa Mirina, sin daño de aquel minúsculo cuerpecillo suyo de muñeca, rico en gracias vivacísimas, de una frescura y de una vitalidad casi violentas... Queríamos enseñar el vuelo a una mariposa; mejor dicho, queríamos enseñarle no a que cerrase las alas para no volar, sino a no posarse sobre ciertas flores venenosas; sin comprender que, para la mariposa, lo que a nosotros nos parecía veneno, era su propio alimento.

Basta: no quiero detenerme en relatar mi infeliz existencia conyugal con Mirina. Sólo digo, que ella detestaba en mí lo que admiraba en su hermana. Y ahora, esto me parece muy natural.

De repente, en la cámara mortuoria, penetró jadeando una prima de mi mujer, carnosa, enana, con un par de enormes lentes redondos que le agrandaban monstruosamente los ojos ¡pobrecilla! He olvidado su nombre. Había recogido del campo, aquí y allá, cuantas flores encontrara en las proximidades de la casa y venía a derramarlas sobre la muerta. Traía en su cabellera desordenada el viento que bramaba fuera.

Era noble y piadoso su sentimiento, lo reconozco ahora; pero entonces... Recordaba que,

pocos días antes, Amalia, viendo a Mirina como regresaba a la casita con un gran ramo de flores, había exclamado, toda afligida:

—¡Qué lástima! ¿Por qué las has arrancado?

Era tan santa que, en efecto, consideraba que aquellas flores del campo no nacen para los hombres, sino que son como la sonrisa de la tierra que expresa al sol su gratitud. Arrancar aquellas flores constituía para ella una profanación.

Yo, loco, confieso que no pude resistir la visión del cadáver cubierto de flores. No dije nada. Me fuí.

Recuerdo todavía la impresión que me hizo, aquella noche, el imprevisto espectáculo de la naturaleza, casi toda ella en fuga, en la ululante vehemencia del viento. Huían desgarradas por el cielo, con furia desesperada, las nubes, en tropel infinito, y parecía que arrastrasen tras sí a la luna, pálida de espanto; los árboles se retorcían quejumbrosos, crujiendo, con espasmo sin fin, como para descuajarse y huir también allá, allá donde el viento se llevaba a las nubes como a una asamblea tempestuosa.

El alma mía, que al salir de la casita estaba totalmente cerrada en la congoja de la muerte, de improviso se abrió, como si toda su amargura se hubiese desencadenado ante la visión de aquella noche; otro dolor inmenso parecióme ver en el cielo misterioso, en aquellas nubes desgarradas

das y arrastradas; otra pena arcana en el aire enfurecido, lamentoso de aquella fuga, y, si de tal manera los mudos árboles se agitaban, era porque sin duda alguna también un ignoto espasmo los conmovía. De repente, un sollozo, casi un fulgir de miedosa luz en aquel mar de tinieblas; el graznido de un buho en el valle, allá abajo, y gritos de terror en la lejanía; chirriar de grillos allá, hacia la colina.

Arrastrado por el viento, fuí hacia los árboles. En aquel instante, no sé por qué, me volví a mirar hacia la casita, que se me ofrecía al otro lado. Miré largamente; de pronto, me tendí para distinguir en la lobreguez si era verdad lo que me parecía ver cerca de la ventana baja de la habitación donde Mirina habíase retirado a llorar a su hermana: algo se agitaba como una sombra. ¿Estaba la sombra allí o en mis ojos? Me los froté tan fuerte, que, durante un momento después, no veía nada, como si una tiniebla más densa me hubiese envuelto para impedirme, no ya ver, sino creer en lo que me había parecido adivinar. ¿Una sombra que gesticulaba? ¿La sombra de un árbol agitado por el viento?

Tan lejos de mí estaba la sospecha de que mi mujer me traicionase.

Verdaderamente no me parece una atrevida presunción pensar, que, en una noche como aquella, hubiese estado lejos de todos tal sospecha, y

que quizás todos (como yo cuando me dí cuenta de que aquella sombra era verdaderamente un hombre de carne y hueso) hubiesen supuesto que se trataba de un ladrón nocturno, y, como yo, hubiesen corrido cautelosamente a coger una escopeta, aunque no fuese más que para atemorizarlo, disparando al aire.

Sólo que yo, cuando descubrí qué clase de ladrón era aquél, ni le disparé, ni disparé al aire.

Apostado allí, inclinado en la esquina de la caseta, muy cerca de la primera ventana donde ellos hablaban, presa de continuos escalofríos que, como navajazos me herían la espalda, esforzábame en oír lo que decían. Oía solamente a mi mujer, aterrada ante la terrible audacia de aquél. Lo empujaba para que se fuese. Hablaba él también; pero tan bajo y tan aprisa, que, no sólo no conseguía comprender sus palabras, sino que por el tono de su voz, ni aún siquiera podía reconocerlo.

—¡Márchate, márchate!. —insistía ella.

Y entre las lágrimas añadió otras palabras que me petrificaron.

¡Lo adiviné todo! El, en aquella noche tempestuosa, fué a preguntar por la enferma. Pero Mirina le contestó:

—¡La hemos matado nosotros!..

¡Ah! Luego Amalia había descubierto antes que yo la traición.

—¿Qué culpa tenemos nosotros?—dijo él de pronto, en voz alta, descompuesto.

Pero, ¿era mi vecino, César Vardi? Lo reconocí, lo ví en su voz, tosco y robusto, como una bestia, casi nutrido de tierra y de aire sanos. Oí inmediatamente después correr las persianas con violencia, como si a las manos las hubiese ayudado el viento; lo ví alejarse, sin moverme de la posición en que estaba. Seguí con el oído sus pasos, conteniendo el aliento, mucho más pausado que el latir de mi corazón. Después me levanté, abandonándome a mi primer aturdimiento; y entonces, no sólo lo que había visto, sino lo que había descubierto, casi no me parecieron verdad.

—¿Es posible?—decíame a mí mismo, errando de nuevo por los campos, entre los árboles, como un borracho. Sálame de la garganta un gemido sordo, continuo, que se confundía con el violento agitarse de las hojas, como si mi cuerpo, herido, se doliese, mientras mi alma desordenada, entontecida, no le hiciera caso. Advertí, por fin, que aquel gemido partía de mí y me detuve afanoso, cruzando los brazos sobre mi pecho y agarrándome los hombros con las manos, como para detenerme. Y me senté en el suelo. Prorrumpí, entonces, en desesperado llanto; lloré irresistiblemente. Lloré, lloré. Después, como si el llanto me hubiese aligerado la pena, si bien sentía cansancio,

comencé a recobrarne. Diré solo lo que hice después de haber pensado largamente.. Será mejor. ¡Han pasado ya tantos años! Además, conmovirme de esta vieja desventura mía, temo que no sea digno de un hombre cuerdo, tanto más cuanto que parece más bien cierto que me conduje mal.

Me levanté, pues, del suelo y eché a andar de nuevo. De pronto me sentí casi forzado a esconderme y me agazapé detrás de la cerca que limitaba mi campo del de Vardi. Este regresaba lentamente a su casa, y, mientras pasaba por delante de mí, por el otro lado de la cerca, le oí suspirar profundamente, en la noche. Aquel suspiro me lo acercó tanto que casi sentí asco. ¡Ah, por aquel suspiro estuve a punto de matarlo! Podía haberlo hecho tan solo con levantar un poco mi arma, sin tomarme siquiera el trabajo de apuntar: tan cerca pasaba. Pero en aquel instante... ¡Bah, no razonemos! Lo dejé pasar y regresé precipitadamente a mi casita.

Los parientes se habían retirado de la habitación de la muerta; velaban solamente dos criados. Les dispensé de tan triste misión, diciéndoles que yo mismo velaría. Y cuando se alejaron, me detuve un momento contemplando a mi cuñada, muerta, y parecióme que reposara más dulcemente, más serenamente, como si muerta, en ella, hasta la más leve sombra del delito, cuyo secreto horrendo había querido ocultar, descansase en mí

su dolor, porque yo lo sabía ya todo. Y entré en la habitación de Mirina. Esta, lloraba. Al verme se le cambió el semblante.

—Ven conmigo—le dije.—Nada temas.

—¿Dónde?

—Conmigo, no te arrepentirás.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir, sino hacer algo; y quizás lo que tú quieres. Pero ven... Quiero que ante ella...

La cogí de la mano, la atraje. Temblando, se dejó conducir hasta la habitación de la muerta. Le señalé a su hermana.

—¿La ves?—le dije.—Ya te ha perdonado ella. Ahora puedes repetir que la has matado tú.

—¿Yo?

—Sí, como acabas de decírselo a él, desde la ventana. ¡Calla, no grites! ¡Si no te hago nada! ¿No lo ves? No llores, saldrás en seguida de esta casa, porque aquí está tu cárcel, no por otra cosa. Quiero que seas libre.

Cayó de rodillas, con la cara en el suelo, suplicando perdón, piedad. La ayudé en seguida a levantarse, imponiéndole silencio. Y la eché fuera de la habitación.

—¿A dónde, a dónde?—preguntaba ella angustiosamente.

—Vete donde quieras. Castígate a tí misma, si quieres castigo. Y si aún puedes gozar, goza libremente. ¡Eres libre!

Colgaba todavía el arma de mi hombro. ¡Ah, como miró ella la escopeta, sospechando que yo trataba de sacarla al campo con buenas razones! . . . Me dí cuenta de ello y sonreí amargamente.

—¡No, nada temas!

Y corrí a dejar el arma en un rincón de la entrada.

—No, no quiero hacerte daño. ¿Por qué me habrías de querer a la fuerza?

—Pero, ¿dónde me llevas?

—Te llevo a él, que te espera.

Cuando entramos en una casa, pensaba yo entonces, debemos contentarnos con la silla que puede ofrecernos el dueño, sin fijarnos si del árbol de donde aquella silla fué construída, construiríamos nosotros otra de mejor talla y medida para nuestro recreo. Para Mirina, eran demasiado altas las sillas de mi casa. Sentada, quedábansele las piernas en el aire, y ella quería sentir la tierra bajo sus pies.

Bueno, bueno: había prometido relatar tan solo lo que hice; perdóneseme este breve ensayo de locura. ¡Cuánto más expedito no hubiera sido dispartar el arma! ¿Verdad? Pero...

Llevaba a Mirina de la mano, a campo raso, y le hablaba, caminando. No recuerdo bien lo que le decía. Solo sé que de pronto, ella, desasiéndose de mí, huyó tras los árboles, como lleva-

da por el viento. Yo me detuve perplejo, sorprendido ante aquella fuga imprevista, ya que parecía que me iba siguiendo dócilmente... Llamé como un ciego.

—¡Mirina, Mirina!

Había desaparecido en las tinieblas, entre los árboles. Erré en su busca largo rato, vanamente. Rompió el alba y busqué todavía hasta vencer toda duda, por la certidumbre de que se había refugiado en el sitio donde yo mismo quería conducirla sin violencia. Miré al cielo velado por unas raras vedijas, que eran como huellas de la gran fuga de las nubes en la noche, y me sentí aturdido en medio de un silencio nuevo, inesperado, con la vaga impresión de que algo había desaparecido en torno de la tierra. ¡Ah, sí! El viento, el viento se había extinguido. Los árboles estaban inmóviles en la húmeda, pálida luz del alba. ¡Cuánto cansancio en aquella pasmada inmovilidad! También yo, extenuado, me senté en tierra. Miré las hojas de los árboles más cercanos y pensé que de haberlas movido la brisa, en aquel momento, hubieran sufrido, quizás, el mismo sentimiento de dolor que hubiese sufrido yo de haberme molestado alguien.

De pronto me acordé de que la muerta estaba sola en la casita. Y a aquella hora, habríanse levantado los parientes y preguntarían por mi mujer y por mí. Me levanté y corrí precipitadamente.

Ya creo inútil descubrir a las personas sensatas lo que siguió. Aquellas buenas gentes se rebelaron al escuchar mis palabras, mis explicaciones. Me proclamaron loco y hasta la prima gruesa, enana, de los grandes lentes redondos, mientras todos voceaban, tomó bríos en la excitación general para azotarme en el rostro, con los puños cerrados, esta palabra:

—¡Imbécil!

Es cierto. Bonísima mujer, pobrecita, tenías razón.

Apresuraron la conducción de la difunta a la iglesia de la aldea próxima y me dejaron solo.

Han transcurrido dos años; viaje. Vardi ha abandonado a Mirina, mísera, desesperada. Vive en casa de un pariente y sufre horrible mal. Va a morir. Con mi perdón, con la paz, he soñado alegrarle los últimos días de su vida, llevándola al campo conmigo. Me presento a ella en la triste estancia y le digo:

—Y ahora, ¿me comprendes?

—¡No!—me responde retirando la mano que quiero acariciarle y mirándome odiosamente.

Y también ella, pobrecita, tenía razón.

## IV

## ESCUELA DE CORDURA

Todo el mundo sabe que no hay industria que pueda ejercerse sin una cierta holgura de medios defensivos en las crisis, que permita esperar mejores tiempos, sin comprometer lo por venir por lo presente, ni arrojarse como perro al hueso, a lo que salga. Este es el sino de quien vive en precario.

Y ocurre lo mismo hasta con la industria de ladrón.

Un ladrón pobre, que ha de vivir al día, suele acabar mal; mientras que, por el contrario, un ladrón que no sufre esas estrecheces y puede y sabe esperar y organizar sus golpes, llega a altos y honradísimos destinos con aplauso y satisfacción de todos.

He aquí por qué hemos de regatear méritos a los que a mí me robaron. Digámoslo de una vez: los que ejercieron su oficio sobre mi abundante hacienda, no pueden merecer el elogio de la gente cuerda.

Hubieran podido robar con toda comodidad y mejores modales, y, con previsora prudencia, crearse una respetable posición. Mientras que, por el contrario, sin necesidad, atropelláronse en robar y robaron mal, naturalmente. En un abrir y